

## LA ERA DE LA SHOAH EN FRANCIA

por Bernard HOFFMAN, París

En el Holocausto, en el que desapareció un tercio del pueblo judío, también fueron llevados de Francia unos ciento veinte mil judíos, y entre ellos, un número significativo de nuestros compatriotas de Kutno, Krośniewice, Łęczyca y Dąbrowice. Como uno de ellos, que estuvo en las garras de los asesinos durante cuatro años y soportó diversos abusos y persecuciones en los campos nazis, quiero contar mi historia a lo largo de este desastroso período, así como mis tribulaciones con compatriotas que he conocido en mi largo camino de tormento. Lamentablemente, muchos de ellos perecieron. Que estas pocas líneas sean un recuerdo para ellos por sus batallas poco conocidas.

### 1

El avance de las tropas alemanas hacia las puertas de París provocó un gran pánico en la capital francesa. Todo el mundo empezó a huir. En este éxodo, decenas y cientos de personas, jóvenes y mayores, deambularon por las carreteras en busca de un lugar más seguro al que huir, para escapar de este terrible enemigo. En este gran pánico, muchos se perdieron, familias se separaron. París fue ocupada por la Wehrmacht. Después de la firma del armisticio entre el gobierno de Pétain y Alemania, la población francesa comenzó a regresar gradualmente a la capital, pero la situación para los judíos era muy diferente. La mera idea de caer en las garras asesinas de los hitlerianos los abrumaba. Muchos se quedaron en las provincias. Los que estaban en la zona ocupada buscaron diversos escondites y vivieron en constante miedo.

Mientras tanto, se había producido un «milagro» con el ejército de ocupación alemán en París. En lugar de aterrorizar, saquear y asesinar, se comportaban como caballeros con la población civil. Su refinamiento había llegado incluso más lejos. Tanto que en los cafés judíos se veían nazis y soldados. Incluso charlaban con los judíos: si pensábamos que eran grandes capitalistas, nos equivocábamos: la prueba era que eran aliados de los rusos... Incluso mostraban uniformes y botas fabricados en la Unión Soviética que llevaban. Y cuando decían que los alemanes trataban mal a los judíos, eso no era más que propaganda angloamericana...

Muchos judíos creyeron en estas palabras, se las contaron a otros y empezaron a salir de sus escondites. Algunos incluso escribieron a sus parientes y amigos en provincias diciéndoles que podían venir a París, que los alemanes se comportaban correctamente. Llegó a tal punto que algunos judíos incluso empezaron a comerciar con los alemanes y les suministraban ciertos artículos que escaseaban en el mercado.

No fue hasta principios de 1941 cuando los alemanes empezaron a mostrar su verdadera cara. Además de algunos decretos antijudíos, se ordenó un censo de todos los judíos, y más concretamente en las comisarías de policía, donde se estampó el sello "Jude – Judío" en todos los documentos de identidad. A un gran número de judíos naturalizados se les retiró la ciudadanía francesa y se les prohibió entrar en determinados establecimientos y lugares públicos. A los comerciantes judíos ya no se les



La "parche amarilla" en Francia

permitió comerciar y tuvieron que ceder sus negocios a administradores arios. Los judíos seguían teniendo derecho a viajar en el metro, pero sólo en el último vagón. Los niños judíos seguían pudiendo ir a la escuela, pero se sentaban en bancos separados.

13 de mayo de 1941. Cinco mil judíos de origen polaco reciben los llamados "*billets verts*"<sup>1</sup> con la orden de presentarse a las siete de la mañana en determinados puntos de reunión para un control. Cunde el pánico. Corrimos a pedir consejo a los vecinos y amigos. A decir lo que nos decían. Nadie sabía qué decir. Los optimistas creían que sólo querían comprobar sus papeles, que no había razón para tener miedo. Otros pensaban que querían engañar a los cinco mil judíos y que no debían ir allí. Pero en el "*billet vert*", de hecho, existía la amenaza de incurrir en graves sanciones contra toda la familia si la persona requerida no se presentaba. Así que fuimos al lugar indicado...

<sup>1</sup> NdT: francés, "aviso verde".

Allí, a los hombres se les ordenó que se reunieran a un lado y a las mujeres que los acompañaban se les dijo que trajeran diversos artículos de casa para sus maridos, para enviarlos a un campo de trabajo. Cuando las mujeres regresaron con paquetes y maletas, los alemanes les ordenaron que anotaran los nombres de los destinatarios y ya no les permitieron acercarse a los hombres. Las mujeres que lloraban fueron golpeadas y ahuyentadas con palos y culatas de fusil.

Y eso fue solo el comienzo, ¡un comienzo terrible!

## 2

Me encontré entre este primer grupo de deportados. Por la mañana llegaron los autobuses y llevaron a todos a la estación de tren. Mientras recorríamos las calles de París, los franceses nos observaban sin saber qué estaba pasando. Sólo unos pocos de ellos, envenenados por la propaganda de Hitler, expresaron abiertamente su satisfacción ante este espectáculo, mientras que la mayoría nos acompañaba con miradas de simpatía. A última hora de la noche, llegamos a dos campos: Beaune-la-Rolande y Pithiviers. Me quedé atrapado en el primer campo.

Después de que nos enviaron a los campos, se emitió una orden que establecía que todos los judíos debían llevar una estrella de David amarilla. Resultó que los franceses, que nunca habían sabido quiénes de sus vecinos o conocidos eran judíos, los reconocían por esa insignia amarilla... Hubo casos en los que algunos franceses llevaban voluntariamente la estrella de David amarilla para demostrar que ser judíos no les avergonzaba. También hubo algunos que viajaron con los judíos en el último vagón del metro.

En agosto de 1941 tuvo lugar en París la primera gran redada de judíos. Miles de personas fueron detenidas en las calles y en sus casas y enviadas al infame campo de Drancy<sup>2</sup> el primer infierno para los judíos en suelo francés. Los edificios inacabados se llenaron de judíos capturados. Todas las conexiones con el mundo exterior ya estaban cortadas. La comida era muy escasa y la que nos daban era de la peor calidad. La situación sanitaria e higiénica también era insoportable. Las epidemias y las muertes se convirtieron en un fenómeno diario. También empezaron a producirse ejecuciones. Los judíos de París eran conscientes de la situación en Drancy, el ambiente se volvió deprimente y la gente tenía miedo de salir a la calle. Empezaron a correr rumores de que de Drancy salían convoyes con judíos con destino desconocido. Nunca más los volvimos a ver. (Drancy se convirtió en un punto de tránsito para los judíos franceses, que fueron deportados a Auschwitz, Chełmno, Treblinka y Majdanek).

El 16 de julio de 1942 fue una de las fechas más trágicas para la comunidad judía de París. Durante la noche, los asesinos entraron en las casas judías y desde

allí, por la fuerza y la brutalidad, arrastraron a hombres y mujeres, ancianos y niños, enfermos, medio dormidos y escasamente vestidos. Los gritos y aullidos de los desdichados desgarraron la noche oscura y se mezclaron con las órdenes asesinas de los alemanes<sup>3</sup>. Los judíos detenidos fueron llevados en furgones policiales al gran "Vélodrome d'Hiver"<sup>4</sup> y amontonados en una enorme multitud. Treinta mil personas fueron confinadas en un solo lugar. En este infierno, algunas personas enloquecieron y no se evacuó a un solo muerto. Los que soportaron este tiempo en el estadio aún hoy recuerdan con horror estas espantosas escenas.

Después, estos desafortunados fueron llevados a Auschwitz-Birkenau. La mayoría de ellos perecieron en las cámaras de gas o mediante otros métodos letales extraños, en los que Auschwitz era experto.

## 3

... Al anochecer llegamos al campo de Beaune-la-Rolande, donde nos apiñaron en barracones con catres de madera en tres niveles, sobre los que se colocaron colchones rellenos de paja. En la oscuridad, nos echamos sobre los catres y nos quedamos dormidos de inmediato, exhaustos. Cuando nos despertamos por la mañana, nos preguntamos, en silencio o en voz alta, a nosotros mismos o a los demás: "¿Dónde estamos? ¿Por qué nos han traído aquí?".

Mi vecino de al lado, con su aspecto, me inspiraba mucha compasión. Se notaba que era un hombre pobre y deprimido. Con su yiddish lituano, me contó que ayer mismo, muy de madrugada, su mujer le había dado una cesta para que hiciera unas compras en una tienda a su regreso del trabajo. Le pilló en una de las calles de París. No comprendía lo que estaba pasando y se echó a llorar... Intenté calmarle y animarle, decirle que aguantara, que no se rindiera.

Salí del barracón. Observé que había varias docenas de barracones en una gran superficie, rodeados de alambre de púas. Guardias franceses vigilaban el lugar. Vimos a diferentes judíos, de todas las capas de la población, de todas las clases. Casi dos mil fueron llevados aquí, al campo de Beaune-la-Rolande.

Al principio fue difícil encontrar un lenguaje común y una forma de entenderse con un público tan diverso. Luego, poco a poco, tras conocernos, empezamos a organizar la vida en común en estas nuevas condiciones. Elegimos un jefe de barracón que se encargaría de establecer y mantener un cierto orden y, al mismo tiempo, sería el vínculo entre nosotros, la administración y los guardias del campo.

Estábamos totalmente aislados de nuestras familias. La comida que recibíamos era suficiente para dejarnos en un estado de hambre crónica. Habíamos estado en el

<sup>2</sup> NdT: en el suburbio norte, a 5 km de los límites de París.

<sup>3</sup> NdT: de hecho, en esta redada participó únicamente la policía francesa, que utilizó sobre todo autobuses civiles y no furgones policiales.

<sup>4</sup> NdT: estadio cubierto en el interior de París, cerca de la Torre Eiffel, utilizado principalmente para eventos ciclistas en sus últimos años de existencia. Fue destruido en 1959, 50 años después de su creación. El estadio recibió el nombre del recinto.

campo sólo tres días y las preguntas "¿por qué?" y "¿qué nos espera aquí?" estaban en boca de todos. De repente, nos sorprendieron mucho las voces que venían del otro lado de la alambrada. Resultó que nuestras mujeres en París habían descubierto a dónde había sido enviado el primer convoy y llegaron allí. Sólo los guardias no las dejaron entrar. Se quedaron a cierta distancia, agitando las manos, gritando, pero no oímos nada. Respondimos gritando una sola palabra: "¡Pan!". Las mujeres, por supuesto, lo oyeron y fueron a la ciudad, trajeron pan. Luego, nos enviaron panecillos frescos y deliciosos por encima de la valla. Al menos eso sació nuestro hambre.

#### 4

Al cabo de un tiempo se nos permitió escribir cartas. Por la información que nos llegaba de París se sabía que había rumores variados y extraños sobre nuestra detención: unos decían que nos habían detenido por tráfico de drogas, otros que nos iban a tomar como rehenes... Así transcurrieron las semanas y los meses sin que se notara ningún cambio. Tras algunas intervenciones contundentes, conseguimos que nuestras esposas nos visitaran. Las reuniones se hacían en unos grandes barracónes que estaban al otro lado de la valla. Naturalmente, todo ello bajo la atenta mirada de un guardia.

Luego también obtuvimos permiso para recibir pequeños paquetes. Esto creó una situación incómoda, ya que algunos no recibieron nada y otros recibieron paquetes modestos. Por lo tanto, reunimos las provisiones en cada barracón y las distribuimos entre los más necesitados.

Un día me encontré con mi compatriota Zalman Bild. Nos pusimos muy contentos, sobre todo porque nos enteramos de que allí había otros compatriotas con los que luego nos encontrábamos a menudo: Nisan Frenkel, Benjamin Piotrkowski y su hermano Wolf, Trojanowski (cuñado de Zalman Bild) y Henech Sztajn.

Zalman Bild se interesó mucho por mí. Todos los días venía a mi barracón, me preguntaba si necesitaba algo y a menudo me traía comida preparada (en su barracón había una pequeña cocina eléctrica). Por la noche venía a verme y me ofrecía un vaso de té. Era como un hermano de sangre para mí.

Mientras tanto, no había perspectivas de un final rápido ni de ningún otro cambio. Así que empezamos a pensar en crear una vida cultural asociativa. Se formaron dos grupos: uno de hablantes de yiddish y otro de hablantes de francés. Mientras que el primer grupo reunía a la generación mayor, el segundo grupo reunía a los elementos más jóvenes.

La administración del campo nos permitió crear una gran sala en uno de los barracones. Así, montamos una biblioteca y la gente disfrutaba leyendo libros. Muy a menudo se celebraban conferencias sobre temas literarios y científicos. Junto a nosotros en el campo había un grupo de intelectuales. Entre los jóvenes también había gente

muy competente e inteligente. Destacaba especialmente Kadi Birnbaum, de 19 años, hijo de la famosa pareja de artistas Birnbaum-Zewkina<sup>5</sup>. El joven era muy brillante tanto física como intelectualmente. Por iniciativa suya, los jóvenes formaron un coro, una sección de teatro y un club deportivo. Daba clases y daba conferencias, era realmente único. Por desgracia, fue una de las primeras víctimas cuando nos trasladaron a Auschwitz<sup>6</sup>.

Entre los hablantes de yiddish se creó un círculo teatral dirigido por renombrados artistas judíos de París. En el campo se representaban a menudo obras muy serias. Un coro de 50 hombres estudiaba e interpretaba las canciones más hermosas de nuestro tesoro folclórico. El director de este coro era nuestro compatriota de Kutno, Nisan Frenkel. Era un verdadero erudito de la música y tocaba el piano de cola. El coro hizo mucho por levantar la moral en el campo y, como resultado, Frenkel era muy estimado por todos y todos lo reconocían.

La vida en el campo apenas había comenzado y nadie creía realmente que se pudiera sobrevivir a la guerra de esta manera. Las noticias que recibimos de París no nos trajeron demasiadas esperanzas.

#### 5

Había pasado un año desde que llegamos a Beaune-la-Rolande. A principios de junio de 1942, se extendió el rumor de que nos iban a trasladar de aquí, presumiblemente a un campo de trabajo en Alemania. Aparecieron oficiales alemanes y las inspecciones en los barracónes se hicieron más frecuentes. Todos intuían que nos aguardaban sorpresas dolorosas. La multitud se estaba volviendo inquieta y confusa, la tormenta vespertina se extendía por el aire. En las cartas que todavía se nos permitía escribir a casa, nos despedimos de nuestros seres queridos y al mismo tiempo les pedimos que no se desanimen, que cuiden a los niños, que cuiden la casa... Les dimos la esperanza de estar juntos de nuevo, aunque el gusano de la preocupación y el miedo nos carcomía el corazón.

El 26 de junio llegó la orden de prepararse para el transporte. Se nos permitió llevar todas nuestras cosas, excepto el dinero. El 27 de junio ya estábamos hacinados en vagones de carga, donde era difícil respirar o hacer el más mínimo movimiento. Cuando pasábamos por pueblos y pequeñas estaciones francesas, en cuanto el tren se detenía, los franceses nos traían agua o comida. Pero en cuanto entrábamos en el abominable suelo alemán, todo cambiaba. Los vagones estaban herméticamente cerrados. Además de la presión aplastante y el calor sofocante, en cada vagón había un barril abierto para las necesidades fisiológicas. El hedor era insoportable y los que tenían tiempo de llevarse algo de comer por el camino no podían llevárselo a la boca. La gente se desmayaba o caía inconsciente.

Así viajamos durante unas 24 horas.

<sup>5</sup> NdT: Israel Birnbaum y Esther Zewkina.

<sup>6</sup> NdT: Según el testimonio de Yad Vashem, fue deportado en el transporte número 5 el 28 de junio de 1942 y murió de tifus en Auschwitz.

De repente, el tren se detuvo de golpe. Una turba de hombres de las SS empezó a sacarnos de los vagones a rastras, golpeándonos y pateándonos sin piedad. Ni siquiera tuvimos tiempo de llevarnos nuestras cosas. Entre aullidos y golpes salvajes, nos condujeron a una gran plaza, formando filas. El comandante del campo llegó a caballo. Nos habló de esta manera:

— ¡Malditos judíos! Estáis aquí, en el campo de exterminio de Auschwitz. No podéis salir con vida de aquí. Aquí el tío Roosevelt no os puede ayudar...

Después de este discurso, un oficial de las SS con un gran palo en la mano empezó a llamar a los recién llegados. Cada persona nombrada tenía que correr hacia el otro lado y el oficial también le golpeaba con su palo en la cabeza, en la espalda o donde pudiera. Si algunos judíos tenían el mismo nombre y de repente empezaban a correr, entonces el sádico se enfadaba y empezaba a dar puñetazos a diestro y siniestro.

Después de esta "recepción", una banda de polacos se acercó a nosotros y comenzó a quitarnos relojes y anillos de las manos. Luego nos obligaron a entrar en los bloques donde mandaban los *kapos*. Nos ordenaron brutalmente que guardáramos todas nuestras pertenencias en cajas que había en cada bloque y nos amenazaron con lo peor si nos guardaban incluso un trozo de papel. Lo más difícil fue separarnos de las fotos de las esposas, los hijos, los padres. Las habíamos conservado como reliquias y ahora todo eso tenía que desaparecer para siempre. Al abandonar una foto, teníamos la sensación de que nos cortaban un miembro.

## 6

Durante tres días nos acosaron con ejercicios, con carreras de ida y vuelta, con llamadas, cortes de pelo y diversas desinfecciones. Luego nos enviaron al campo de Birkenau (Brzezinka), a tres kilómetros de Auschwitz, donde se encontraban las cámaras de gas y los crematorios. Estuvimos despiertos varias horas, cuando llegó la hora de la primera llamada. Por la noche, cuando los comandos de trabajo regresaron de sus lugares de trabajo, cada grupo llevaba consigo varios muertos. Esto nos dejó una marca terrible. Nos preguntamos por qué nos habían dejado esperando tanto tiempo: para que pudiéramos ver y entender lo que nos esperaba aquí...

Unos días después, unos sádicos alemanes decidieron organizar una "diversión": eligieron a unos hombres fuertes entre nosotros y les ordenaron que se revolcaran en el barro, uno encima del otro. Entre ellos también estaba nuestro compatriota Zalman Bild. Luego lo enviaron a otro campo y nunca más lo volví a ver.

A Nisan Frenkel y a mí nos asignaron un comando de trabajo. Nos llevaban al trabajo cuando todavía estaba oscuro afuera. Tuvimos que caminar para llegar y trabajar a paso rápido. Cavamos hoyos, cargamos carros con piedras y luego los descargamos. El calor era terrible y no tuvimos derecho a una sola gota de agua durante el trabajo. Más de una vez vi a judíos exhaustos acercarse a los puestos de guardia y exigir que los fusilaran; ya no podían

soportar la terrible sed. Precisamente en estos casos, el asesino no quería dispararles tan rápido...

Una vez nuestro *kapo* quiso oír cantar a alguien. Preguntó quién sabía hacerlo. Los que estaban conmigo en Beaune-la-Rolande me señalaron con el dedo. El *kapo* decidió que yo sería su cantante y por eso me dio mejor comida y también me favoreció. Nisan Frenkel me pidió que le preguntara al *kapo* si él también podía cantar para él. El *kapo* le dijo a Frenkel que viniera a verlo, lo escuchó, pero no quiso contratarlo.

Cuando un grupo de sastres fue seleccionado para formar parte de un convoy, Nisan Frenkel también estaba entre ellos. Pero en lugar de coser, los enviaron a realizar trabajos forzados. Algún tiempo después, parte del grupo regresó a nuestro campamento, enfermo, destrozado y exhausto. Nisan Frenkel estaba entre ellos. Apenas podía mantenerse en pie con sus piernas hinchadas, desesperado, sin ganas de comer. En voz baja, me dijo:

— ¿Por qué tengo que seguir torturándome? Mi mujer y mi hijo ya no están vivos. En estos momentos llegan convoyes desde París todos los días...

Me habló mucho de su hijo, me habló de sus grandes dotes musicales y soñaba con verlo convertido en virtuoso. Unos días después de esta conversación, Nisan fue llevado a la cámara de gas, tras una selección. Su mujer y su hijo corrieron el mismo destino.

Después de haber pasado varias semanas en Birkenau, una hermosa mañana, mientras iba de camino al trabajo, vi a un anciano desesperado que corría de un lado a otro. Acababa de llegar al campo. Tuve la sensación de que conocía a aquel hombre. Al acercarme a él, ya no me resultó difícil reconocer en él a un compatriota, un judío de Dąbrowice, al que recordaba bien de mi juventud, cuando abandoné la ciudad. Este judío se había casado en Kutno con la hija del barbero Włoski, se había instalado en Włocławek y allí regentaba un taller de costura que



Un grupo de nativos de Kutno en París. La mayoría de ellos fueron asesinados.

tenía una buena clientela. En los años 30 se trasladó a París. Unos días antes había llegado a Birkenau en un convoy desde París.

Cuando le pregunté si era Moshe Chojke, de Dąbrowice, se echó a llorar y me respondió con una pregunta: "¿Quién eres tú?". Cuando supo quién era, me abrazó y me pidió que lo cuidara. Conseguí que me quedara en mi grupo de trabajo durante unos días. Luego se lo llevaron. No lo volví a ver...

En mi bloque también estaba Warcki, el cuñado de Zalman Bild. Cada día estaba más débil. Una vez lo trajeron a casa del trabajo porque no podía caminar con las piernas hinchadas. Se sentó a mi lado y no pudo pronunciar ni una palabra. Intentó masticar de nuevo el trocito de pan y se cayó mientras comía. Fue el fin.

## 7

Antes de marcharme de Birkenau, me enteré de que mi hermano Simcha había llegado en un convoy procedente de París. También me dijeron que me estaba buscando. Por la mañana, un conocido me lo trajo, pero no me reconoció... Mi aspecto había cambiado mucho durante aquellas once semanas en Birkenau.

Después de encontrar a mi hermano, me enviaron a Auschwitz. La suerte me sonrió y trabajé en un taller de costura. Me ayudó mucho a superar esos momentos terribles. En Auschwitz encontré a Benjamin Piotrkowski. Él también tuvo la suerte de no tener que ir a trabajar con un comando. Continuó trabajando en el bloque. No tenía noticias de su hermano Wolf. Allí también encontré a los hermanos Sztajn (Henech, Mordechai y Chaim) que llegaron allí con los convoyes desde Francia.

De Krośniewice encontré a Pinchas-Lazer Hoffman y a sus dos hijos Moshe-Hercke y Zachariah, a los dos hermanos Moshe-Leib e Israel Strykowski, y de Dąbrowice a Leib Chelminski, Michael Chojka, David y Leibish Brzustowski.

En septiembre de 1943, me unieron a un convoy de judíos franceses y belgas que fueron transportados a Varsovia para limpiar las ruinas del gueto. Nos metimos en vagones bien vigilados y partimos hacia Varsovia. De repente, alguien gritó en voz alta que era la víspera de Yom Kippur. De repente, comencé a recitar el "*Kol Nidrei*" – y canté esta oración hasta el final, como si estuviera de pie ante el atril de la sinagoga... El guardia preguntó quién había cantado y comenzó a caminar hacia mí. Todos se pusieron rígidos de miedo, estaban seguros de que pagaría con mi vida por la oración de Yom Kippur. El guardia, sin embargo, sabía quién había cantado. Se acercó a mí, me entregó su botella y me permitió beber, preguntándome primero si tenía sed.

El terrible viaje a Varsovia duró tres días y tres noches. El campo en el que nos instalaron estaba en la calle Gęsia. Allí estaban también los *kapos* que nos habían acompañado desde Auschwitz.

El trabajo consistía en limpiar las ruinas del gueto bombardeado e incendiado después del heroico levantamiento. También participamos en algunas obras de construcción. En los búnkeres y escondites encontramos objetos y alimentos que habían estado escondidos allí para los malos tiempos, con la esperanza de disfrutarlos más

tarde. Si nos topábamos con seres humanos, eran esqueletos vivientes. Estaban muriendo de hambre.

En el gueto vacío, una vez, una mujer y un niño fueron detenidos. Los alemanes los interrogaron, querían descubrir otros escondites judíos, pero la madre y el hijo sabían cómo mantenerse en silencio. Ambos fueron fusilados.

En el gueto destruido, todavía había muchos muros enteros. Cuando los guardias no vigilaban, me escabullí detrás de uno de ellos y más de una vez descubrí una habitación entera en mal estado con estanterías de libros y fotos de rabinos, que todavía colgaban de las paredes. Pensé en los ocupantes de estos apartamentos, los judíos devotos y sinceros que solían sentarse día y noche ante un libro y estudiar. Fue su mayor felicidad... Volví a mirar los cuadros y me dolió el corazón. La comunidad judía polaca ya no era la joya del pueblo judío. Todo era ceniza y polvo...

Cuando se acercaba el invierno, sentí que el frío y las heladas acabarían conmigo si continuaba trabajando al aire libre. Conseguí un trabajo en la industria textil, donde trabajé durante varios meses. Más tarde me trasladaron a un hospital, donde estuve hasta que me fui de Varsovia.

## 8

En julio de 1944, cuando el ejército soviético se acercaba a Varsovia, se dio la orden de evacuar nuestro campo. Los trenes no funcionaban tan bien como un año antes. Sospechábamos que los alemanes querían matarnos en el acto. Ya no trabajábamos, sólo se escuchaban las llamadas como antes y la guardia se volvió más estricta. Finalmente, escuchamos la orden de partir. Sabíamos que la evacuación se haría a pie. Los 300 pacientes del hospital fueron fusilados. 400 de nuestros comandos se quedaron atrás para limpiar a los muertos.

La evacuación de Varsovia había comenzado. Equipados con dos mantas y algunas provisiones, salimos de la capital polaca, acompañados a ambos lados por hombres de las SS, a la cabeza de los cuales estaba un joven matón, ex comandante del campo en Varsovia. El calor era intenso y no se nos permitió saciar la sed. Debido a la debilidad y el agotamiento, una parte de los prisioneros no pudo continuar. Los que cayeron fueron fusilados inmediatamente.

Después de un descanso en un campo, nos ordenaron levantarnos y contarnos. Los asesinos aprovecharon cada oportunidad para contarnos, querían saber cuántos ya habían muerto. Pero ahora me costaba levantarme. Sentía que se acercaban mis últimos minutos. Dos compañeros me levantaron con energía y me sostuvieron. Después de pasar lista, volví a caer, pero por suerte los alemanes no se dieron cuenta. Mis amigos me levantaron de nuevo y me ayudaron a caminar. Durante esta horrible marcha, los asesinos se aseguraron de que no tuviéramos nada para beber. En el camino pasamos cerca de muchos ríos e, incluso durante los descansos y especialmente al lado de un río, estaba estrictamente prohibido saciar la sed. Algunos se arriesgaron: los fusilaron en el acto. Los que saltaron al agua no salieron

con vida. Ocurrió no lejos de Łowicz, en la orilla del río Bzura.

Una vez, nos dijeron que nos detuviéramos en un gran terreno que reconocí bien. Sí, ahora estábamos cerca de Kutno. De repente, surgió un aluvión de recuerdos de mi infancia, volví a ver a mis padres, a mis hermanas y hermanos, a mis amigos y seres queridos. Los años tumultuosos de mi juventud en el pueblo y luego en Kutno volvieron a mi mente. Recuerdos de mi primera infancia, de las calles, de los judíos, flotan a mi alrededor, me vienen a la mente los Shabat y las festividades. ¿Qué había sido de todo esto?

Los guardias de la SS se habían ido a algún lado, sólo los *kapos* nos vigilaban. Pero tampoco nos dejaban acercarnos al agua. Estábamos sentados o tumbados, exhaustos y soñando con un poco de agua. A alguien se le ocurrió cavar el suelo con un trozo de madera y se sorprendió al ver que la madera se había humedecido. Sin duda, allí había agua. Cavó un poco más y pudo beber a voluntad. Otros se acercaron para aprovechar el tesoro, pero los *kapos* no toleraban multitudes, así que todos comenzaron a cavar y esto no sólo les permitió beber, sino incluso lavarse. Después de tantos días de vagar sin agua, este descubrimiento fue un milagro para nosotros.

Mientras tanto, llegaron los matones de las SS y anunciaron que ahora continuaríamos en tren. Volvimos al campo a esperar el tren. En ese momento, cayó un diluvio y todos estábamos empapados. Finalmente, llegaron los vagones. Al subir, un judío intentó escapar. Aunque estaba oscuro, el fugitivo fue visto y fusilado.

Todos ya habíamos subido al tren. Pero el tren no partió. Se sospechaba que debido a los partisanos que estaban activos en la zona, los alemanes tenían miedo de viajar de noche. Al amanecer, nuestro tren continuó su camino hacia su lejano destino. En los vagones nos secamos un poco de la lluvia y las mantas fueron colgadas en las paredes para que se secaran. Al caer la noche, un grupo de judíos de nuestro vagón aceptó huir. Gracias a la oscuridad, se deslizaron bajo las sábanas, rompieron los cristales de las ventanas y comenzaron a saltar del tren en movimiento. Muchos de ellos habrían logrado escapar, de no haber sido por la traicionera conducta de un campesino que primero ofreció hospitalidad en su casa a dos fugitivos y luego fue a denunciarlos en el puesto de guardia más cercano. Los dos judíos fueron recogidos y llevados a la estación de tren más cercana, donde se detuvo nuestro convoy. Nos contaron una y otra vez en los vagones, hasta que se descubrió que faltaban once personas. Los alemanes

golpearon horriblemente a los dos judíos que habían sido capturados y los arrojaron a un carro, cuyos ocupantes fueron castigados con tres días sin comer ni beber. Al llegar al campo de Dachau, vimos las trágicas consecuencias de este castigo: algunos perdieron la cabeza, algunos murieron en el carro y otros quedaron tan debilitados que eran irreconocibles. Sentí que ahora mi fin se acercaba. A golpes fuertes nos ordenaron que bajáramos de los vagones. En un lugar nos distribuyeron agua caliente. Con las últimas fuerzas que me quedaban, me arrastré hasta allí y por casualidad vi a un *kapo*, que me resultaba familiar y que accedió a darme un poco de agua. Eso me dio nuevos ánimos y no quería someterme a los asesinos, sino sobrevivir a ellos.

## 9

Nos mantuvieron en cuarentena durante 15 días en Dachau. Más tarde nos trasladaron a un campo en lo profundo del bosque. Por cierto, lo llamábamos "el campo del bosque". Allí todavía no había nada. Primero tuvimos que montar un campamento. Luego, construimos fábricas subterráneas. El trabajo se llevó a cabo a un ritmo muy rápido. Trabajábamos en dos turnos, uno de día y otro de noche. Sin embargo, habíamos recuperado fuerzas después de la cuarentena de 15 días. Estábamos vigilados por civiles alemanes, algunos de los cuales no eran menos brutales y sádicos que los de las SS. Cuando una de mis manos comenzó a hincharse, uno de esos alemanes amenazó con dispararme si no seguía trabajando. Un conocido me llevó al hospital y trabajé allí hasta que me dieron el alta.

El 2 de mayo de 1945 fuimos liberados por los estadounidenses. El 23 de mayo ya estaba en París y, para mi alegría, encontré a mi esposa allí con los tres niños. Los generosos franceses los ocultaron y, gracias a ello, se salvaron de las garras de Hitler. Una gran parte de los judíos de Francia debe su vida a la conducta humana de muchos franceses.

\*

Este es, en resumen, mi relato del destino de los judíos en Francia durante la Segunda Guerra Mundial, a través de mi experiencia personal. He intentado transmitir los detalles más importantes de aquellos días sombríos y también el recuerdo de todos mis compatriotas que se encontraron en los caminos del sufrimiento y el dolor, y que murieron de todas las formas de muerte violenta que los asesinos Nazis inventaron para nuestro pueblo.